

6-6-10  
11.1.



ES UNO DE LOS  
DE CARIDAD

ODA

POR

DON RAMON RAGÉS.



Al laureado varón D. Luis  
Koca, en testimonio de ad-  
miración y profunda estima, de  
mis más cariñosos recuerdos,

R. Agés  
L. D.

LOS ANGELES DE CARIDAD.

LOS  
ÁNGELES DE CARIDAD,  
ODA

POR

DON RAMON PAGÉS,

ESCRITA ESPRESAMENTE

PARA LA

FUNCIÓN QUE TUVO LUGAR EN EL TEATRO PRINCIPAL

DE ESTA CIUDAD LA NOCHE DEL 14 DE ABRIL,

DISPUESTA POR LA

BENÉFICA ASOCIACION DE DAMAS.



LÉRIDA.

Imprenta de José Sol Torrens.

1873.

A LA

ASOCIACION DE DAMAS

DE ESTA CAPITAL.

---

*Ilustres Damas:*

*En esta solemne manifestación de vuestros filantrópicos sentimientos, la caridad es el númen de vuestro corazón y de mi leía.*

*Vosotras sois los ángeles de caridad; á vosotras, por tanto, va dirigido mi canto.*

*Dignaos aceptarlo como leal tributo de una mente que, rica en entusiasmo si falta de otro humano don, sólo puede rendir ofrenda de tan escasa valía al preciado tesoro de vuestras virtudes.*

*Que la llama de la más sublime sea en vosotras tan duradera, como la gratitud de los desgraciados á quienes alcanza el influjo de vuestra mano benéfica y la admiración de este muy atento servidor vuestro,*

R. PAGÉS.

## LOS ÁNGELES DE CARIDAD.

ODA.

Vedle; pálido el rostro, desmayado  
El rayo de sus ojos macilentos,  
En lecho sepultado  
Su mísera existencia el desvalido  
Con labio execra del dolor movido;  
Sin que el hado fatal de sus rigores  
Amaine sus impulsos violentos  
En su sañuda bárbara porfía;  
Ni pecho generoso,  
Ni voz amiga, á su penar atentos,  
Templen, benignos, con leal cariño,  
El amargosa hiel de sus tormentos.

Solo y enfermo ¡ay! triste y lloroso,  
 Esclava del rigor dicha que un día  
 Su alborozada vida embelesara,  
 Misero gime allí donde, alevoso,  
 Blande el fiero dolor con saña impía  
 Su dardo abominable;  
 Donde el amor, el goce y la alegría  
 En raudos giros ahuyentó la pena;  
 Do en ámbito letal mira su suerte  
 Marchita la esperanza;  
 Donde la calma inerte  
 Contrasta el ronco són que lejos suena  
 Del mundo que al placer feliz se lanza;  
 ¡Del mundo loco que en su hervor no advierte  
 Que los falaces cartos de su dicha  
 Son ¡ay! al infeliz, ecos de muerte!  
 ¡Cómo en sus horas de febril tormento  
 Agítase en su lecho el desgraciado,  
 Y en su impotente rabia cruel lamento  
 El pertinaz dolor le arranca airado!  
 ¡Cuál sus ojos de súbito inflamados  
 Por el fuego voraz del sufrimiento,  
 En su redor revuélvense agitados  
 En busca de un benéfico consuelo,  
 Como el nauta infeliz demanda al cielo,  
 Rendido el pecho al vencedor desmayo,  
 En el horror de borrascosa noche  
 De bonancible estrella un dulce rayo!  
 ¡Y en vano; en su penoso desvarío,  
 Se pierde su mirada en el vacío!  
 Sólo el dolor á su penar presente,  
 Insensible á sus quejas, inclemente,  
 Revuela en su redor con furia loca,  
 Y, sin cesar, gozando en su tormento,  
 El veneno letal vierte en su boca.

Y el mortal infeliz, que aprisionado  
 Entre las garras del dolor cruento  
 Sin fuerzas lucha ya y desalentado  
 Contra el rigor de su voraz tormento,  
 Sin que el mundo cruel, ni el duro cielo  
 Respondan á su anhelo,  
 Como postrero bien, tan sólo ansía  
 Ofrecer de su vida los despojos  
 A la naciente luz del nuevo día.  
 ¡Misero, ay! ¿y tu penoso duelo  
 Un fin no ha de tener, ni á tu socorro  
 Volar sin calma el salvador consuelo?  
 ¿Tu acento clamoroso  
 Que en tu hórrida noche tormentosa,  
 Al alto cielo, al mundo,  
 Demanda alivio al combatido cuerpo,  
 Vencer no ha de lograr al bien fecundo,  
 A la plácida calma bondadosa?  
 ¿Será que de la Estigia en el profundo  
 De tinieblas y horror líquido seno,  
 Tus inclementes hados te condenen  
 A perdurable luto,  
 Y contra tí sus furias desenfrenen?  
 No será, no; ya tu doliente ruego  
 El alto valladar vence triunfante  
 Que la mansion Olímpica circunda;  
 Del plácido sosiego  
 Los ámbitos, veloz, hiere vibrante,  
 Y encuentra allí, propicia,  
 La grey que mora en la eternal delicia.  
 De aquel emporio de gentil belleza,  
 De amor al eco, surgen las beldades,  
 Su rozagante veste dan al viento,  
 Que, en blandos silbos de sin par terneza,  
 Su hermosura saluda y su donaire;

Y en raudo, mudo, sigiloso vuelo  
 Al contristado suelo dirigido,  
 Aligeras el mar del éter hienden  
 Que en vivífica luz de gloria encienden,  
 Llevando el salutífero consuelo  
 En áureo caliz de ambrosia henchido,  
 Que ansiosas brindan al mortal anhelo.  
 Y el viento en torno «¡Caridad!» pregona  
 Y el eco, ufano «¡Caridad!» repite,  
 Poblando la estension de inmensa zona,  
 «¡Caridad!» por los ámbitos resuena  
 En himnos mil de sin igual dulzura;  
 Y el cielo, el mundo, los espacios llena  
 El sacrosanto nombre que fulgura  
 Entre la eterna pompa y maravilla,  
 De donde al mundo lanza  
 Sus espléndidos rayos de esperanza.

Ya el mísero mortal siente las ansias  
 Que abrasaban su sér en su tormento,  
 Ceder á un grato arrobador acento,  
 Que, regalando blando sus sentidos,  
 Nueva vida le presta y nuevo aliento.  
 «Pronto, mortal, le dice dulcemente  
 La voz que atenta á su penar acude,  
 Pronto el amargo letargoso sueño  
 De tu abatido espíritu sacude,  
 Y el doloroso yugo de tu frente.  
 Mensagera del bien, del almo cielo  
 Próvida vierto los sagrados dones,  
 Y ante la llama que en mi frente brilla  
 Inúndanse en placer los corazones.  
 Contigo sentiré tus mismas penas  
 Velando en tu quebranto;  
 Yo endulzaré tu mundanal condena;  
 Contigo verteré tu mismo llanto.

Del alto Olimpo, á tu penar clemente,  
 Desciendo al eco de tu queja insana;  
 Yo á tu sufrir me asocio tiernamente;  
 Yo soy la Caridad, yo soy tu hermana.»

Habló la Caridad, y el triste duelo  
 Trocando en dulcedumbre, el infelice,  
 Alzó los ojos y bendijo al cielo.

---

Vosotras sois, ilustres bellas damas,  
 Los ángeles del bien; cual dón precioso,  
 El sacro fuego en encendidas llamas  
 De la virtud sublime,  
 Alienta vuestro pecho generoso,  
 Que el alma arrebatando al almo templo,  
 Logra que el cielo, en alabanza eterna,  
 Glorifique sus hechos de alto ejemplo.

Oh, ¡salve! deliciosas moradoras  
 De este mísero suelo de quebranto;  
 Vosotras que en la noche de la vida  
 De soledad y espanto,  
 Consuelo sois al alma combatida,  
 Que, huérfana del bien, mira su suerte  
 Unida á los rigores de la muerte.  
 A vuestro amparo el pecho congojoso  
 Se siente en esperanzas dilatarse,  
 Crecer en vida, respirar dichoso,  
 Y la tiniebla umbrosa de su duelo  
 En rayos mil de rica luz tornarse.

Los esclavos del lógrego infortunio  
 Que las ausencias del amor lloraron,  
 Los hijos del dolor, del sufrimiento  
 Que los letales tósigos libaron,  
 Que á Caridad alzaron su lamento

Del fondo del tormento  
 Y en sus plácidos brazos despertaron;  
 Al espander sus tiernos corazones,  
 Con dulce voz que el noble gozo inspira,  
 Ledos os dán eternas bendiciones  
 Bañadas en raudal de dulce llanto,  
 Las que al rozar las cuerdas de mi lira  
 Hinchén de amor los ecos de mi canto.

Al almo Eden asciendan confundidos  
 Con el sagrado incienso de la gloria,  
 Vuestros hechos benéficos que alcanzan  
 El dulce premio de eternal memoria.  
 Allí la gratitud como despojos  
 Del humano sufrir, libre de enojos,  
 Las plácidas alzó linfas del llanto,  
 Que un dia brillarán á vuestros ojos  
 Con el fulgor de irresistible encanto.  
 Perlas serán que vuestras sienes ornen  
 Con los lauros de célica belleza,  
 Cuando la voz de Dios os llame augusta  
 Ante el sólio eternal de su grandeza.

*Lérida, Abril de 1875.*

MÉRIDA.  
IMP. DE JOSÉ SOL TORRES.  
1875.